

MEMORIA DE JULIO VALDEÓN

Luis Alberto de Cuenca

*Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo
y Oriente Próximo (CSIC)*

Retrocedamos en el tiempo hasta 1968. Un año peculiar aquel, nadie lo duda, a raíz de las revueltas estudiantiles en París durante el mes de mayo, que definieron un nuevo concepto de entender la Revolución. En el curso 68/69 yo estaba matriculado en la Universidad Complutense en Filosofía y Letras, concretamente en primero de Comunes, y me las tenía que ver con las siguientes asignaturas: Historia del Arte, Fundamentos de Filosofía, Latín, Griego, Lengua Española e Historia Universal. Mi profesor de esta última materia se llamaba –y se sigue llamando– Julio Valdeón Baruque. Sus clases eran una fiesta a la que concurrían los casi doscientos alumnos que abarrotábamos el aula. Allí, sobre la tarima, la figura aguileña de Valdeón, protegida tras un micrófono antediluviano, nos dictaba lecciones magistrales que se quedaron a vivir en un rincón privilegiado de mi memoria. Recuerdo que los elementos más progres –o eso creían ellos– de la clase le pidieron a Julio Valdeón que prescindiera de enojosos prolegómenos y pasara a explicar tan sólo la historia universal posterior a 1945, que era la que de verdad interesaba a las nuevas generaciones. Afortunadamente, surgieron voces disonantes con aquel presunto ejercicio de mal entendido progresismo, y Valdeón comenzó sus clases desde el principio, o sea, desde la Prehistoria, lo que para aquellos botarates debió de ser difícilmente soportable. Y por si fuera poco, y a petición de algunos alumnos –entre ellos, el que suscribe–, sabedores de la valía de Valdeón como medievalista, se perpetró un maravilloso seminario sobre el feudalismo en el que Julio nos desveló los entresijos de un tema tan atractivo recurriendo a los textos de la época, como mandan los cánones.

A raíz de la convivencia forjada en ese seminario, Julio Valdeón y algunos de los asistentes al mismo –que no habíamos cumplido nuestros primeros dieciocho años por aquel entonces!– nos hicimos amigos. Sí, digo amigos y no exagero lo más mínimo. Centremos, para abreviar, esa amistad en tres personas: Rita Macau, Julio

Valdeón y yo. Además de bebernos casi literalmente sus palabras en clase, Rita y yo quedábamos con Julio fuera de las aulas, charlábamos interminablemente con él de lo divino y de lo humano e íbamos al teatro juntos con frecuencia. ¡Cómo no recordar, por ejemplo, aquel *Tartufo* de Adolfo Marsillach, adaptado por Enrique Llovet, en el que se ponía en solfa al entonces todopoderoso Opus Dei y a cuya *première* acudimos los tres, pasándonoslo en grande con las ocurrencias de Adolfo y la genial interpretación de José María Prada en el papel de Orgón!

El hecho es que pasaron los meses de nuestro glorioso primero de Comunes, llegaron las inevitables vacaciones de verano, y nuestro trato con Julio Valdeón, que entonces vivía en Madrid con su madre en la calle de Santa Engracia, se hizo menos asiduo, entre otros motivos porque Rita y yo nos cambiamos a la Autónoma, para seguir estando juntos. Pero seguimos llamando al maestro por teléfono y, sobre todo, guardamos de él una memoria de ciencia y de amistad que nunca se borraría con el paso de los años (en el caso de Rita no hubo años, sino tan sólo meses, para atesorar ese recuerdo, porque moriría en Barcelona en diciembre de 1970, antes de cumplir veinte años, víctima de un accidente de automóvil). La carrera de Valdeón como enseñante pasó pronto a Valladolid, donde obtuvo la cátedra —él es de Olmedo, de la tierra del inmortal caballero lopesco—, y ese distanciamiento geográfico hizo que nuestra amistad no se desgastara con el trato y conservara la pureza primigenia que tuvo en aquel mágico curso 68/69, cuando el mundo era un territorio por explorar cuya maleza tanto contribuyó Julio a desbrozar para que Rita y yo, sus amigos adolescentes, disfrutáramos más y mejor de nuestras excursiones de aprendizaje.

Julio Valdeón ha sido siempre para mí una referencia, un modelo a imitar en lo intelectual y en lo humano, un espejo de honradez, de buen humor y de sabiduría en que mirarme todos los días. Cuando dirigí la Biblioteca Nacional, entre 1996 y 2000, tuve la suerte de coincidir con él en diferentes oportunidades. Evocamos en ellas los viejos tiempos con intensidad villoniana, cuando no manriqueña, y volvimos a confirmar una vez más lo que habíamos fundado hacía cuarenta años: una amistad y una devoción mutua que sólo se extinguirán cuando se extingan nuestras vidas. Con ocasión de este merecidísimo homenaje, patrocinado por la Junta de Castilla y León, que la Universidad de Valladolid le tributa, me complace sobremanera haber llegado a tiempo de que se incluyan en su honor, entre tantas y tan eruditas páginas, estas mínimas líneas mías, emocionadas e impregnadas de nostalgia, de admiración y de cariño verdadero.